



El cielo que nos une

María Vaquero

matchstories

El cielo que nos une

María Vaquero

atchstories

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

© María Vaquero, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

© Ilustraciones: Shutterstock

© Ilustraciones de las páginas 221, 242 y 341: Vanessa Estefa

Primera edición: marzo de 2025

ISBN: 978-84-08-29968-4

Depósito legal: B. 2.162-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Capítulo 1



Alice

Hoy he quedado con la persona que quebró mi vida hace dos días para que venga a recoger todas sus pertenencias, que siguen en casa. Incluidas las bragas de seda que encontré ayer al quitar las sábanas. Es curioso cómo en veinte minutos se puede hacer desaparecer a una persona; miro las bolsas apiladas y da la sensación de que he doblado todos nuestros recuerdos y estoy a punto de meterlos en un camión de mudanza para no volver a verlos más.

No me apetece toparme con él. A partir de ahora será «él», porque no merece ni conservar su nombre en esta historia. No tengo ganas de que me suplique que volvamos o que me cuente lo arrepentido que está. Yo no voy a contarle las películas de la infancia que me he tragado en la hora de la siesta solo para no pensarlo. Porque ya no es asunto nuestro lo que pase en la vida del otro.

A Harry se lo cuento hasta hartarme y hartarlo, pero con él siempre ha sido diferente.

Le he pedido que estuviera presente y, aunque ha torcido un poco el gesto, ha acabado asintiendo con una sonrisa.

—Si se pone pesado, ¿qué se supone que tengo que hacer yo? —me ha preguntado esta misma mañana.

—Estar. —He suspirado—. No me apetece que me ponga esos ojos de cordero degollado, ni que use brujerías varias para encandilarme.

—Tranquila, que si hace falta le hago un contrahechizo —ha contestado riendo.

Me hace gracia pensar en Harry aprendiendo conceptos de fantasía después de tanto oírme hablar del género. Si no fuera mi mejor amigo, debería denunciarlo por no saber qué prenda hace libre a un elfo doméstico o que el protagonista de *La historia interminable* se llama Atreyu. Le suenan cosas y las mezcla. Lo intenta. Y que hoy esté aquí mientras se produce una de las despedidas más frías de la historia de las despedidas, para mí, es más importante que conocer cualquier terminología literaria.

A las cinco menos cuarto, tres toques en la puerta me indican que Harry está pelándose de frío fuera. El que no puede ser nombrado llegará sobre las cinco y no quiero estar ni un segundo a solas con él.

—¿Lista para derrotar a *Voldevort*? —me dice, acercándose a su pecho.

—Se dice Voldemort... Y sí, supongo que estoy lista.

Respiro hondo el olor a suavizante de su sudadera porque diría que ese aroma lleva sobre mi amigo desde que tengo uso de razón. Da igual que cualquier otra persona utilice la misma marca, porque en Harry huele a... casa. En este abrazo, comienzo a tener miedo. Reconozco que la mentira es algo que te destroza por dentro, pero lo que realmente me da pánico en estos momentos es volver a estar soltera. Cuando no hay alguien a mi lado —y sí, lo que voy a decir es algo triste—, parece que mis deseos más profundos vuelven a la superficie con más fuerza.

—Sabes que se va a poner a la defensiva cuando me vea aquí, ¿verdad?

—No me cabe la menor duda. —Me río sin salir de su abrazo.

Digamos que mi exnovio y mi mejor amigo nunca se han llevado especialmente bien. Siempre han respetado la posición del otro en mi vida, pero desde lejos: gritándose el uno al otro que todo está bien salvo si yo no lo estoy. Y como si hubiera una corriente de viento fuerte entre ellos que les impidiera entenderse del todo. Quizá mi flamante ex sospechó en algún momento lo que Harry significaba para mí. Quizá Harry pensó que mi ex era un pijo engreído que no me merecía. Las posibilidades son muchas, pero la conclusión siempre era la misma: si ambos tenían que compartir el mismo aire, serían los mejores actores de la sala.

Suena el timbre y Harry sale a abrir con la certeza de que la persona que espera fuera todavía no sabe que va a protagonizar un momento bastante incómodo.

—No tienes por qué estar aquí si no quieres —me susurra—. Yo puedo quedarme con él mientras recoge todo.

Medito un segundo si resguardarme en el patio trasero y desaparecer de su vida antes de lo planeado o si quedarme justo donde estoy, con un valor que no siento ahora mismo, plantándole cara al pasado. Niego con la cabeza: «Me quedo», digo moviendo los labios para que Harry abra la puerta de una vez.

Cuando entra y lo primero que ve es que mi mejor amigo lo recibe en la entrada, parece que un tifón haya llegado al pueblo y lo haya revuelto todo. He visto a Harry apartarse de la puerta para que no se lo llevara por delante. Ambos presenciamos cómo empieza a buscar sus cosas sin reparar en los ojos de nadie y, aunque lo agradezco en un principio, me da mucha rabia que no tenga el valor de enfrentarse a mí y a lo que ha hecho.

Os juro que veo cómo se borra nuestra vida juntos a cámara rápida. Sin cuidado, con fuerza y a trompicones. Cuando me vuelvo hacia Harry, él me sostiene la mirada y sé que está pen-

sando lo mismo que yo. ¿Quién cojones se cree este tío para ensuciar aún más nuestro final?

Nadie dice nada. Nos mantenemos de pie, con el ruido de los recuerdos chocando contra la mesa mientras se meten en una mochila. Apretujados y sin espacio para respirar. Hasta que, entonces, el hombre que me ha hecho daño y que ni siquiera se arrepiente de ello sale dando un portazo.

Harry se acerca rápidamente a mí y me sostiene porque debe de pensar que, si no, ahora mismo se me van a doblar las piernas de golpe. Me agarro a él y me pongo a llorar lo que no he llorado en el día de hoy. Si no dejo caer los litros diarios que tocan, entonces me ahogo por dentro, pero no es un llanto de nostalgia. Es un llanto de rabia y de alivio. Por fin me he quitado de encima a una de las personas con más ego y menos corazón que he conocido nunca.

—Menudo gilipollas. —Las palabras salen de la boca de mi amigo sin ningún tipo de cuidado, a la vez que sus brazos me esconden un poquito más en su pecho.

Un desgraciado me ha dejado claro que el amor no es solo eso que conocemos a través de la ficción. Que el amor duele, no va acompañado de un valor infinito y pega portazos que retumban en mitad de la montaña.

Aunque algunas de estas cosas ya las sabía.



Verano de 2003

Creemos que la amistad entre dos personas que se conocen de toda la vida viene ya formada y construida en su piel al nacer. Completamente sana y con las bases fuertes. La realidad es que, como en el amor más profundo, un solo instante puede marcar la diferencia y crear algo tan grande que asuste. Bastaron unos minutos para que las piezas encajasen y, aquel caluroso día de verano, Alice y Harry dejaron de ser dos desconocidos.

A principios de julio, la temperatura en Jasper ya rondaba los veintidós grados y conseguía sacar a todos los vecinos de casa. Con sus mantas de pícnic, las chanclas del verano anterior (algo más rasgadas) y unas neveras repletas de bocadillos y refrescos para pasar el día. En aquella época, los Harper y los Wood ya eran tan cercanos como para presentarse ante el mundo como una familia enorme: una con dos padres, dos madres y dos hijos.

Cogieron la furgoneta de John y se dirigieron a Edith Lake desde bien temprano. Era el lago favorito de Alice, porque decía que el agua era de color cielo y, además, tenía un paseo de tablas de madera desde el que se veía la inmensidad del paisaje: agua cristalina, árboles amontonados justo al final y unas mon-

tañas, aún blancas por la resaca invernal, protegiéndolo todo desde arriba.

—¿Alguien ha traído crema solar? —preguntó Rose en la parte de atrás de la furgoneta.

—Yo llevo —contestó Claire—. Ven, hija.

—¡No me hace falta crema! —protestó Alice.

—Ah, ¿no? ¿Quieres volver como un cangrejo a casa esta noche?

Harry, sentado mirando por la ventana y con las piernas colgando del asiento, empezó a reírse de ella.

—No... —contestó con la boca pequeña.

—Tú también, señorito.

Las madres comenzaron a embadurnarlos de arriba abajo, mientras los dos niños, con cara de pocos amigos, ni siquiera se miraban el uno al otro. Solo tenían seis años y, aunque estaban hartos de estar juntos cada día, entre ellos no existía aún la conexión que tendrían años después. Harry no quería jugar a los libros con Alice —un juego inventado por ella en el que tenían que imitar escenas literarias—, y a esta la horrorizaban los gritos que solía dar él a todas horas.

—Al final vamos a tener suerte. El parking está vacío.

—¡Vamos, chicos! —exclamó Peter, con la cámara al cuello—. ¿Quién tiene ganas de darse un chapuzón?

—¡Yo!

—¡Y yo!

Si uno decía una cosa, el otro tenía que estar por encima. Tenían una especie de batalla por el protagonismo que a sus padres los divertía la mayor parte del tiempo.

—Yo voy a tirarme desde la roca...

—¡Nada de rocas! —contestó Rose.

—Jolín.

—Ni jolín ni *jolán*.

Entonces fue Alice la que se rio entre dientes. Llevaba *Alicia*

en el País de las Maravillas bajo el brazo, porque le encantaba que su padre lo leyese con ella en cualquier lugar. En la cama antes de dormir, en la cocina mientras el guiso inundaba la estancia o en el lago justo después de darse un baño y con la arena aún en los pies.

Al dirigirse a la orilla, vieron que no había casi nadie y sintieron que todo aquello era solo para ellos. Harry fue quitándose la ropa por el camino y al llegar ya no tenía más que el bañador puesto. Echó a correr sin parar hasta que la mano de Rose le pilló el brazo.

—¿Qué te hemos dicho, Harry?

—Que juntos... —Sus ojos se pusieron en blanco y se cruzó de brazos mientras esperaba a su madre.

—¡Yo quiero leer, papá! —pidió Alice emocionada y dando saltos.

—¿No quieres bañarte con Harry antes?

—No. Quiero saber qué le pasa al gato de Alicia.

—Mejor —susurró Harry, a un volumen que solo podía oír alguien de su misma altura.

Pasaron las horas y el lago fue llenándose de gente y de ruido. Risas de niños jugando, chapoteos en el agua, silbidos de padres preocupados... Alice había estado leyendo hasta que Peter se había quedado dormido con el libro apoyado en el pecho. Rose y Claire jugaban a las cartas con John, y Harry estaba sentado en la arena. Dibujaba algo con un palo y a Alice le entró la curiosidad por saber qué. Se aburría tanto que se acercó disimuladamente hasta él y se sentó a su lado en silencio.

Ambos estaban más dorados que hacía unas horas. Él, con sus rizos característicos y esa cara llena de pecas por el sol; ella, con una media melena rubia empapada y la camiseta de Pokémon que añoraría muchos años después. Harry estaba trazando un mapa. No el que todos conocemos, con sus cinco continen-

tes y sus siete mares, sino que había dibujado uno en el que solo existía Jasper y, en un punto del norte, el cofre de lo que parecía un tesoro. Entre montañas y nubes.

—¿Qué es esto? —Alice señaló el tesoro.

—El cofre de Jasper.

—¿El cofre de Jasper?

—Sí —resopló como si ella no se enterara de nada.

—¿Y el resto del mundo?

—No me interesa.

—¿No te interesa?

—¿Puedes dejar de repetir lo que digo?

—Es que no lo entiendo.

—Claro que no. Tú solo entiendes tus libros y tus historias de gatos.

—¡Eso no es verdad! —se quejó—. Explícamelo.

—En Jasper hay un tesoro, me lo contó mi abuela una vez. —Sus ojos la miraron más serios de lo normal. Eran de un color claro por el sol que entraba en ellos—. Y pienso encontrarlo.

Alice se quedó en silencio. Tenía ganas de burlarse de él, pero ¿un tesoro en Jasper? Ella también quería encontrarlo.

—Y... —Bajó la vista y comenzó a jugar con la arena—. ¿Necesitas ayuda?

—No.

—¿Por qué no? Tú solo no puedes encontrarlo.

—Sí que puedo.

—Casi no sabes leer, y yo sí.

Entonces fue Harry el que se quedó en silencio. Quizá entre los dos podrían llegar adonde nadie antes había llegado.

—No se lo puedes decir a nadie.

—Lo prometo.

—Y yo soy el que manda. El... —pensó rápidamente— capitán.

—Vale...

—Y tú eres...

—La lectora de historias —dijo orgullosa. Infló el pecho y le tendió la mano para cerrar el trato.

—Está bien. Tú serás la lectora de historias y juntos vamos a atravesar todos los lagos y a encontrar el tesoro.

De pronto, ambos estaban emocionados. Excitados por compartir un secreto al margen de los adultos. Y quizá nerviosos por no saber qué les revoloteaba en la tripa al darse la mano sin dejar de mirarse.

Una sonrisa fugaz cruzó sus caras y ninguno podía imaginar lo que en realidad acababa de comenzar entre ellos. Ni que aquel tesoro no estaría dentro de una caja de madera ni repleto de oro, pero sería infinitamente mejor que todo aquello.